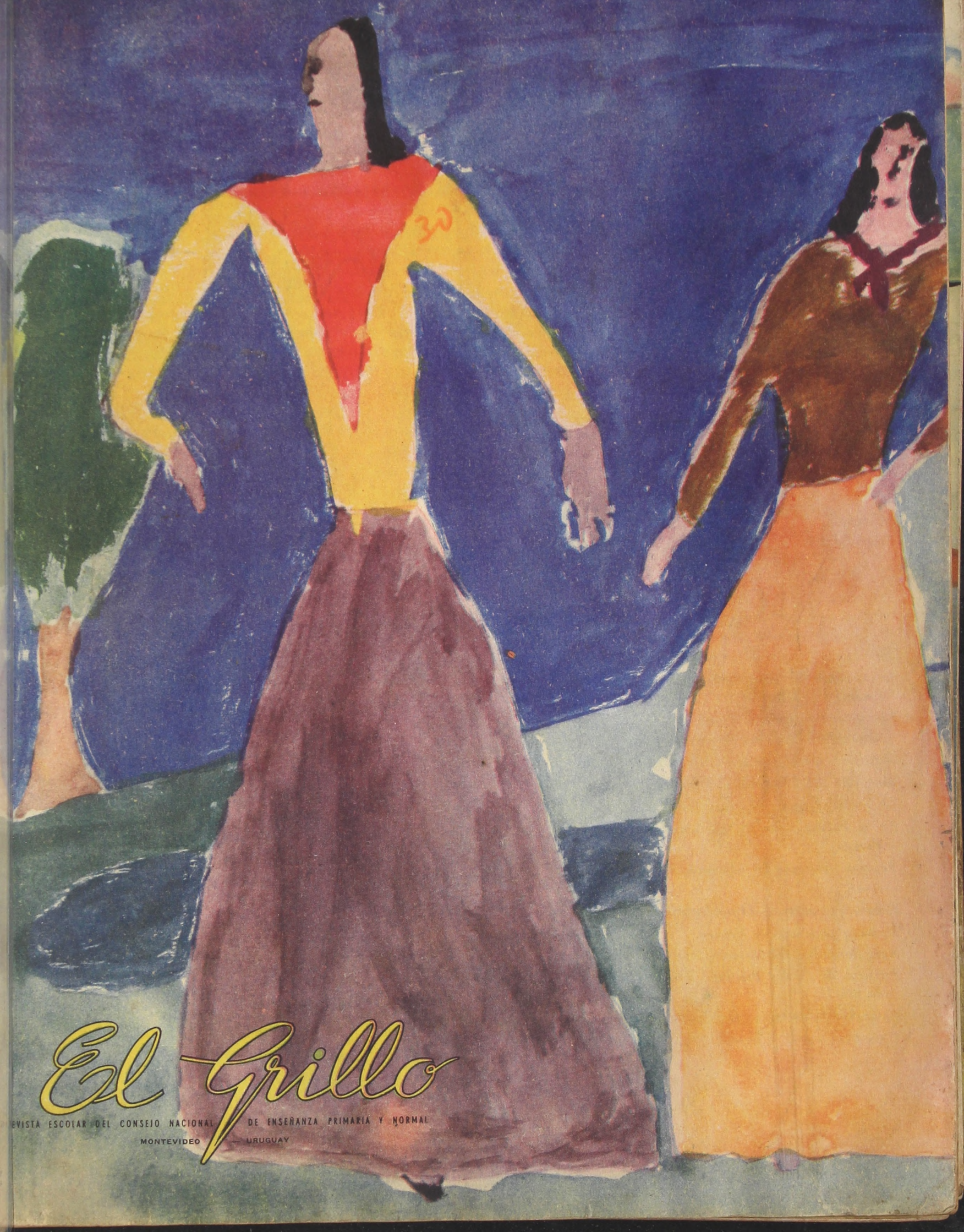




El Grillo

REVISTA ESCOLAR DEL CONSEJO NACIONAL DE ENSEÑANZA PRIMARIA Y NORMAL

MONTEVIDEO

— URUGUAY

REVISTA ESCOLAR DEL CONSEJO NACIONAL DE ENSEÑANZA PRIMARIA Y NORMAL

Director:

Carlos Alberto Garibaldi

Colaboran en este número:

Verdad Risso de Garibaldi, Electra Vilaboa de Bianchi, Nilda Novo, Jorge Chebataroff, Álvaro Figueredo, Serafín J. García, Juan José Morosoli, Hugo Rodríguez, Fernán Silva Valdés, Juan Antonio Vázquez y Daniel D. Vidart.

Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal:

Presidente: Sr. Oscar Secco Ellauri.
Vicepresidente: Sr. Nicasio H. García.
Vocal: Sra. Blanca Samonati de Parodi.
" Sr. Felipe S. Abella.
" Sr. Enrique Santías.
Secretario: Sr. Alberto E. Lezama.
Prosecretario: Sr. Raúl Lecumberry.

Ilustran:

María Mercedes Antelo, Elsa Carafí de Marchand, Bell Clavelli de Oliveras, Denise Bentancourt, Eduardo Amézaga, Anheló Hernández, Edgardo Ribeiro, Jorge Carrozzino y Mario Spallanzani.

Portada: Niñas de traje largo. Graciela Sosa. 5 años.

S U M A R I O

La serpiente blanca. (Cuento del folklore germano.)

Literatura nacional: El Chajá. La escuela... la vencedora. Prosa de Javier de Viana.

Historia nacional: Artigas y la espada cordobesa.

Geografía del Uruguay: Puertos del litoral.

De nuestra fauna: El ratón colorado.

En el Pacífico austral: La misteriosa Isla de Pascua.

Páginas nuestras: La educación de los campesinos.

Crónicas uruguayas: El mercachifle.

Cantares populares de España.

Arte florentino del Renacimiento.

Pinturas de Carlos Prevosti: Trabajo. Retrato de niña.

La expresión del niño: Dibujos infantiles.

Estampas de viaje: Una ciudad, un río y un lago.

Pueblos y costumbres extraños: Los esquimales.

Hombres y paisajes: La tienda de los nómadas.

Artistas del Uruguay: Javier de Viana. Carlos Prevosti.

Por tierras de América: Agricultura del Titicaca.

Geografía de Eurasia: Noruega.

Historia americana: El Libertador Simón Bolívar.

Historia de los alimentos: La batata.

Al niño campesino: Las abejas de Goyito.

Cuentos del folklore colombiano: La derrota del tigre.

Espejo del mundo: Estalactitas y estalagmitas. El principado de Mónaco. Corcho y fibras de vidrio. Origen del Cerro de Montevideo. Sonda acústico.

Entretenimientos.

Arte de México precortesiano: El dios Xochipilli, príncipe de las flores.

MONTEVIDEO — URUGUAY

Edición fuera de comercio.

Los derechos de propiedad artística, literaria y características gráficas de "El Grillo", son reservados y pertenecen al Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal. Está prohibida la reproducción, traducción o adaptación de sus materiales para todos los países.



La Serpiente Blanca

CUENTO



HACE ya de esto mucho tiempo. He aquí que vivía un rey famoso en todo el país por su sabiduría.

Blada le era oculto; habríase dicho que por el aire le llegaban noticias de las cosas más recónditas y secretas. Tenía, empero, una singular costumbre. Cada mediodía, una vez retirada la mesa y cuando nadie se hallaba presente, un criado de confianza le servía un plato más. Estaba tapado, y nadie sabía lo que contenía, ni el mismo servidor, pues el Rey no lo descubría ni comía. Se le encontraba completamente solo.

Las cosas siguieron así durante mucho tiempo, cuando un día picóle al criado una curiosidad irresistible y se llevó la fuente a su habitación. Cerrado que hubo la puerta con todo cuidado, levantó la tapadera y vio que en la bandeja había una serpiente blanca. No pudo reprimir el antojo de probarla; cortó un pedacito y se lo llevó a la boca.

Apenas lo hubo tocado con la lengua, oyó un extraño susurro de melódicas voces que venía de la ventanilla; al acercarse y prestar oído, observó que eran gorriones que hablaban entre sí, contándose mil cosas que ocurrían en campos y bosques. Al comer aquel pedacito de serpiente había recibido el don de entender el lenguaje de los animales.

Sucedio que aquel mismo día se extravió la sortija más hermosa de la Reina, y la sospecha recayó sobre el fiel servidor, que tenía acceso a todas las habitaciones. El Rey le mandó comparecer a su presencia,

y, en los términos más duros, le amenazó con que, si para el día siguiente no lograba descubrir al ladrón, se le tendría por tal y sería castigado.

De nada le sirvió al leal criado protestar de su inocencia; el Rey lo hizo salir sin retirar su amenaza.

Lleno de temor y congoja, bajó al patio, siempre cavilando la manera de salir del apuro, cuando observó tres patos que se solazaban tranquilamente en el arroyo, alisándose las plumas con el pico y sosteniendo una animada conversación. El criado se detuvo a escucharlos. Se relataban dónde habían pasado la mañana y lo que habían encontrado para comer. Uno de ellos dijo:

—Con la prisa en comer, casi me trago una sortija que estaba al pie de la ventana de la Reina.

Sin pensarlo más, el criado se dirigió hacia este lugar y encontró la sortija, que recogió lleno de alegría.

Con el anillo de la Reina en sus manos, fácil le fue al criado probar al Rey su inocencia, y, queriendo éste reparar su injusticia, ofreció a su servidor la gracia que él eligiera, prometiendo darle el cargo que más apeteciera en su corte.

El criado declinó este honor y se limitó a pedir un caballo y dinero para viajar, pues deseaba ver el mundo y pasarse un tiempo recorriéndolo. Otorgada su petición, púsose en camino, y un buen día llegó junto a un estanque, donde observó tres peces que habían quedado aprisionados entre las cañas y pugnaban, jadeantes, por volver al agua. Digan lo que digan de que los peces son mudos, lo cierto es que el hombre



Elsa Larafi

entendió muy bien las quejas de aquellos animales, que se lamentaban de verse condenados a una muerte miserable. Siendo, como era, de corazón compasivo, se apeó y devolvió los tres peces al agua. Coleteando de alegría y asomando las cabezas, le dijeron:

—Nos acordaremos de que nos salvaste la vida, y ocasión tendremos de pagártelo.



Siguió el mozo cabalgando, y a cabo de un rato parecióle como si percibiera una voz procedente de la arena, a sus pies. Aguzando el oído diose cuenta de que era el rey de las hormigas que se quejaba:

—¡Si al menos estos hombres, con sus torpes animales, nos dejaran tranquilas! Este caballo, con sus pesados cascos, está aplastando sin compasión a mis gentes.

El jinete torció hacia un camino lateral, y el rey de las hormigas le gritó:

—¡Gracias! ¡Nos acordaremos y te lo pagaremos!

La ruta lo condujo a un bosque, y allí vio a unos pequeños cuervos que habían caído al pie de su nido.

Los pobres pequeñuelos estaban en el suelo, agitando sus débiles alitas y lloriqueando:

—¡Infelices de nosotros, desvalidos, que hemos de buscarnos la comida y todavía no sabemos volar! ¿Qué vamos a hacer, sino morirnos de hambre?

Apeóse el mozo, y dejó su comida para pasto de los pequeños cuervos, los cuales lanzáronse a saltos sobre ella y, una vez hartos, dijeron a su bienhechor:

—¡Nos acordaremos y te lo pagaremos!

El criado prosiguió su ruta y, al cabo de muchas horas, llegó a una gran ciudad. Las calles rebullían de gente, y se observaba una gran excitación; en esto apareció un pregonero montado a caballo, haciendo saber que la hija del rey del lugar buscaba esposo. Quien se atreviese a pretenderla debía realizar una difícil hazaña; si la cumplía, recibiría la mano de la princesa; pero si fracasaba, perdería la vida. Eran muchos los que lo habían intentado ya; mas perecieron en la empresa. El joven vio a la princesa y quedó de tal modo deslumbrado por su hermosura que, desafiando todo peligro, presentóse ante el Rey a pedir la mano de su hija.

Lo condujeron mar adentro, y en su presencia arrojaron al fondo un anillo. El Rey le mandó que recuperase la joya, y añadió:

—Si vuelves sin ella, serás precipitado al mar.

Todos los presentes se compadecían del apuesto joven, a quien dejaron solo en la playa. Cuando, se quedó allí, pensó, en la manera de salir de su apuro. De pronto vio tres peces que se le acercaban juntos, y que no eran sino aquéllos que él había salvado. El que venía en medio llevaba

Elisalamf

la boca una ostra, que depositó en la playa, a los pies del joven. Éste la recogió para abrirla, y en su interior apareció el anillo de oro.

Saltando de contento, corrió a llevarlo al Rey, con la esperanza de que se le concediese la prometida recompensa. Pero la soberbia princesa, al saber que su pretendiente era de linaje inferior, lo rechazó, exigiéndole la realización de un nuevo trabajo. Salíó al jardín, y esparció entre la hierba diez sacos llenos de alpiste.

—Mañana, antes de que salga el sol, debes haberlo recogido todo, sin que falte un grano — le dijo.

Sentóse el doncel en el jardín y se puso a cavilar sobre el modo de cumplir aquel mandato; no se le ocurría nada, y se puso muy triste al pensar en la mañana siguiente. Pero cuando los primeros rayos del sol iluminaron el jardín... ¡Qué era aquello que veía! ¡Los diez sacos estaban completamente llenos y bien alineados, sin que faltase un grano de alpiste! Por la noche había acudido el rey de las hormigas con sus miles y miles de súbditos, y los agradecidos animalitos habían recogido el alpiste con gran diligencia, y lo habían depositado en los sacos.

Bajó la princesa en persona al jardín y pudo ver con gran asombro que el joven había salido bien en la prueba. Pero su corazón orgulloso no estaba aplacado aún, y dijo:

—Aunque haya realizado los dos trabajos, no será mi esposo hasta que me traiga una manzana del Árbol de la Vida.

El pretendiente ignoraba dónde crecía aquel árbol. Púsose en camino, dispuesto a no detenerse mientras lo sostuviesen las piernas, aunque no abrigaba esperanza alguna de encontrar lo que buscaba. Cuando hubo recorrido ya tres reinos, un atardecer llegó a un bosque y se tendió a dormir debajo de un árbol; de pronto oyó un rumor entre las ramas, al tiempo que una manzana de oro le caía en la mano. Un instante después bajaron volando tres cuervos que, posándose sobre sus rodillas, le dijeron:

—Somos aquellos cuervos pequeños que salvaste de morir de hambre. Cuando, ya crecidos, supimos que andabas en busca de la manzana de oro, cruzamos el mar volando y llegamos hasta el confín del mundo, donde crece el Árbol de la Vida, para traerte la fruta.

Loco de contento, reemprendió el joven el camino de regreso para llevar

la manzana de oro a la princesa, la cual no puso ya más dilaciones. Partieron la manzana de la vida y se la comieron juntos. Entonces encendiése en el corazón de la doncella un gran amor por su prometido, y vivieron felices hasta una edad muy avanzada.

HERMANOS GRIMM

Versión al cuidado de Verdad
Risso de Garibaldi



EL CHAJÁ

ES el perro de los bañados.
Y es, entre todas las aves nativas, la más airosa.

Con su hermoso plumaje gríseo, con su gallardo penacho, con su porte majestuoso, siempre alta la testa, siempre en llamas la mirada, arrogante, altivo, desdeñoso, sin miedo a nada, ni a la escopeta, cuyos chumbos difícilmente traspasan su espesa coraza de plumas, es todo un alado cadete de Gascuña.

Severo en sus costumbres, sobrio, monógamo, es vigilante custodia de su compañera mientras aova o empolla; y en sus viajes por los aires, en lo muy alto del cielo, rival en caudas con las águilas reales, siempre va acompañado de su consorte.

Desprecia las carroñas. La podredumbre de las osamentas, buena está para cuervos, caranchos y chimangos, inmundos rapaces, escoria de la sociedad alada.

A él le ofrece el estero variado y limpio alimento. La podredumbre de la mentira tampoco lo infecta.

Su grito de alarma no es nunca expresión de infundado sobresalto.

En estado doméstico, su vigilancia es muy superior a la canina.

El perro está sujeto a pesadillas y con frecuencia arranca ladridos que inquietan sin motivo al amo. Como todos los poetas cursis, es un enamorado de la luna, a la cual prodiga sus ásperas e inarmónicas baladas.

Y otras veces ladra de miedo, confundiendo al manso petiso del piquete con una feroz gavilla de bandoleros.

Y otras veces ladra de puro sabandija, para hacer méritos, para hacerse pasar por guardián insuperable.

En cambio, el chajá ni se equivoca ni miente; cuando el ave grande y altiva lanza en la oscuridad silenciosa de la noche campesina su sonora clarinada, el gaucho salta del lecho y prepara sus armas, aperciéndose para la defensa...

Hay gente que se acerca a las casas: el alerta del chajá no falla nunca.

JAVIER DE VIANA





Literatura nacional

La escuela . . . la vencedora

EL recuerdo del pago perdura intacto a través del tiempo y las distancias . . .

Cuando llegó a la estación de su destino, tras largo y estremecedor viaje de ferrocarril, Dionisio dio un hondo suspiro de satisfacción y al mismo tiempo que abrazaba efusivamente a su anciano padre, sus ojos buscaban el redomón que lo conduciría al rancho nativo.

Pero en vez de caballo airoso, había un carrito.

—¿Cómo es eso, tata — interrogó —, ya no tiene caballo de andar?

—No; sólo tengo éste y otro carretonero.

—¿Quién doma ahora los potros de la estancia?

—Ya no hay potros.

—¿Qué se hizo la yeguada famosa de la estancia?

—Ya no hay estancia.

Abrió tremendos ojos el viajero para preguntar con asombro:

—¿Ya no existe la estancia del Higuérón?

—No, ahora todas son chacras y fábricas.

Dionisio iba de sorpresa en sorpresa. Marchaban por un buen camino recto festoneado por dos prolijas alambradas. A ambos lados del camino verdeaban los grandes cuadriláteros sembrados de trigo y alfalfa; y aquí y allá, cercanas como en pueblo, surgían las casitas blancas, rodeadas de árboles.

El asombro de Morales rayaba en el desconcierto, hasta el punto de creer se le llevaba por un pago desconocido.

Pero de pronto volvió a la realidad, al reconocer, muy próximo ya, un viejo y querido amigo.

—¿Son los sarandises? — preguntó señalando con la mano el arroyo inmediato.

—Son — respondió el padre.

—Ha d'estar fiero el paso en este tiempo . . .

—No: ahora hay un puente.

—¿Un puente? . . . ¿Los gauchos de ahora necesitan puente para vadear los arroyos? . . .

Y luego de pasar sin obstáculo alguno el antes temido vado cenagoso, donde solían boliarse los fletes más mentados, apareció ante la vista del ausente un espectáculo desconcertante. Altas chimeneas de molinos emergían del suelo prolijamente cultivado. Por cuadras y por cuadras extendíanse los bosques de frutales, alternando con los canteros de hortalizas y los macizos de flores . . . Y por todas partes, grandes arboledas, imponentes galpones de cal y canto y azul techumbre de hierro, y máquinas extrañas que jadeaban ejecutando tareas incomprensibles para Morales . . .

Este no pudo más, y exclamó con rabia:

—¡Este no es mi pago! . . . ¡Este no es mi pago! . . .

¿Quién lo ha transformado d'esta laya?

El viejo detuvo el carrito frente a una modesta y alegre casita, y respondió:

—Esa.

—¿Quién es ésa?

—¡La escuela . . . ! ¡La vencedora!

JAVIER DE VIANA



Historia nacional

Artigas y la Espada Cordobesa

AQUELLA tarde visitábamos el Museo Histórico Nacional y recorriendo las distintas salas, observábamos las preciosas reliquias que allí se exhiben y frente a las que sentíamos renovarse a cada paso la fuerte sugestión que producen aquellos objetos que señalan la trayectoria de la Patria. De pronto nos encontramos ante una vitrina en cuyo interior reposaba una lujosa espada, recta, y con dibujos e inscripciones en la hoja y la vaina; leí las inscripciones: "Córdoba independiente a su Protector" — "General Dn. José Artigas. Año 1815", y en ambas caras de la vaina, "Córdoba en los primeros ensayos a su Protector el inmortal General Don José de Artigas. Año 1815". Encontré admirables los diseños de hojas y escamas, grabados a buril en el acero y el bronce, y exclamé:

—¡Hermosa arma!... realmente, digna de haber sido empuñada por el vencedor de Las Piedras.

Entonces Junio nos dijo:

—¿Conocen ustedes la historia de esta espada?... Porque si bien sus propias inscripciones señalan sin ninguna duda su origen y su destino, han de saber que no existe en absoluto la seguridad de que alguna vez haya estado en poder de Artigas...

Cambiamos miradas, llenos de asombro; desconocíamos los hechos que citaba nuestro amigo, y le pedimos que nos los relatara.

—Durante el año 1815 — explicó Junio — la Provincia de Córdoba había resuelto separarse del gobierno central de Buenos Aires y, en Cabildo Abierto, el pueblo cordobés decidió la deposición del gobernador Ocampo y su sustitución por el coronel José Xavier Díaz; éste, gran simpatizante de Artigas y del sistema de gobierno implantado por él en la Provincia Oriental — al que ya otras provincias se habían acogido — decretó inmediatamente la anexión de Córdoba al Sistema Artiguista. Entonces, con sinceras demostraciones de aprobación popular, el Cabildo cordobés resolvió rendir un homenaje al bravo oriental a quien por entonces ya se llamaba "Protector de los Pueblos Libres", mediante el obsequio de una espada de honor. El arma fue construida en la fábrica de Caroya, bajo la dirección del maestro armero, Cayetano Alvarez, y el 26 de julio de 1815 remitida al gobernador Díaz. A partir de este momento, y a juzgar por lo que surge de la documentación conocida, un completo silencio rodea el destino posterior de la espada: nadie la citó por escrito en ninguna parte; nadie la vio

nunca en poder de Artigas, ni éste, al menos que se sepa, acusó recibo ni agradeció el obsequio. Esto último es verdaderamente singular, ya que es conocida la costumbre de nuestro Héroe de ser muy minucioso en el acuse de recibo de todo cuanto se le enviaba; en realidad, un verdadero misterio parece encubrir esta parte de la historia del arma...

—¿Pero cómo?... — interrumpí — ¿cómo entonces la espada ha llegado hasta aquí?

—Eso es lo más extraño — continuó Junio — porque fíjense ustedes que esta espada estuvo perdida para la Historia por unos diecisiete años. Durante el año 1842 hallándose de visita en Buenos Aires Leandro Gómez — el futuro héroe de Paysandú, veinte años más tarde — reconoció con explicable asombro la espada que se encontraba en venta en una armería; la adquirió de inmediato, y a su regreso a Montevideo hizo entrega de ella al entonces Presidente de la República Oriental, Don Gabriel Pereira, en el mes de noviembre de 1856, expresando su deseo de que la reliquia fuera depositada en el Museo Histórico. Debido a las convulsiones internas que agitaban por entonces a la joven República, la entrega al Museo fue dilatándose por años. Hasta que en 1876, siendo Gobernador el Coronel Lorenzo Latorre, se procedió a la entrega solemne de la espada al Museo Histórico, donde se encuentra desde entonces.

—Ya ven ustedes — concluyó nuestro amigo — cómo no es posible asegurar que esta arma haya sido nunca empuñada por nuestro Artigas...

Juan Antonio Vázquez

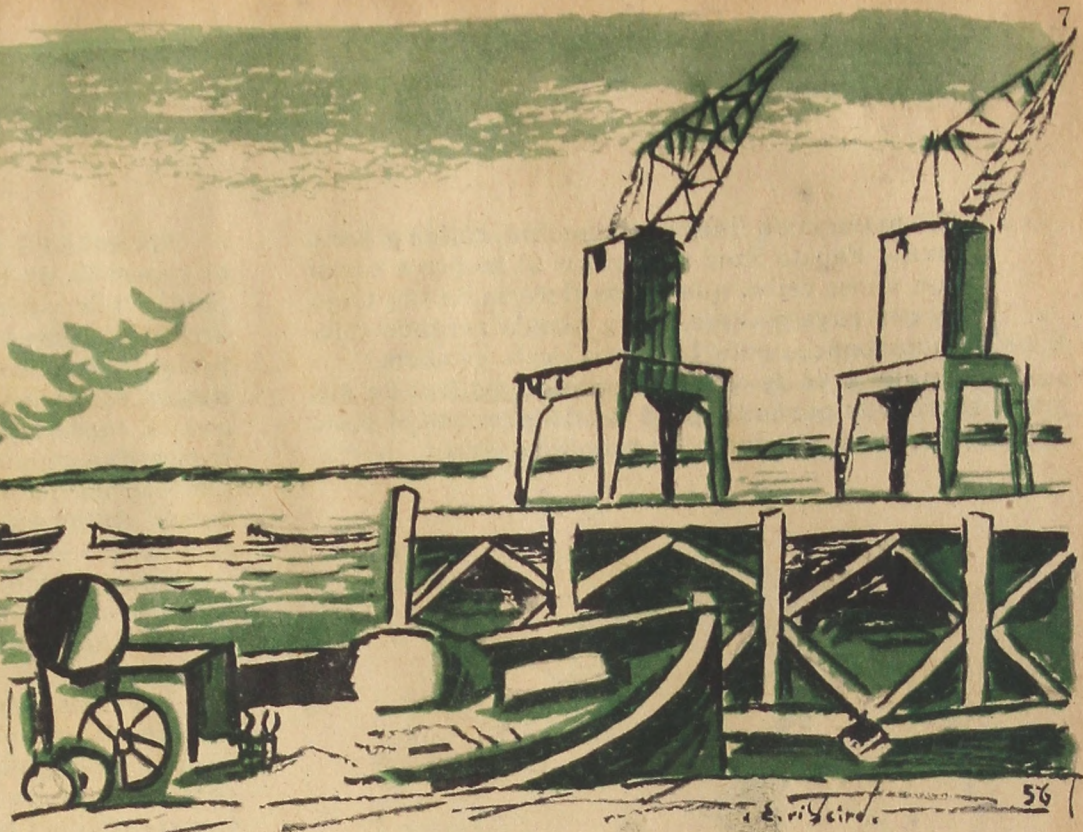


AUNQUE la expresión no es correcta, llamamos Litoral a la banda de territorio nacional que margina el río Uruguay, desde la confluencia con el Cuareim hasta Punta Gorda, de Colonia, donde convencionalmente se supone que ocurre la conjunción con el Plata. No debemos olvidar que nuestro verdadero litoral costero se alarga junto al anchuroso estuario platense y el Océano Atlántico.

El río Uruguay se desliza por un valle, que quebrado y angosto entre los estados brasileños de Santa Catalina y Río Grande del Sur, se torna amplio entre nuestro país y la Argentina, presentando límites indefinidos en parte de su extensión, principalmente donde se desarrollan los vastos esteros y lagunas que caracterizan el norte de la provincia argentina de Corrientes. Una barranca discontinua bordea el río del lado uruguayo, y da una fisonomía particular al paisaje junto a la llamada Meseta de Artigas, y también al sur de la ciudad de Paysandú, en los alrededores de Fray Bentos, y en la ya mencionada Punta Gorda.

Numerosas islas aparecen en el cauce del río Uruguay, casi todas pobladas de abundante vegetación de origen subtropical, incluyendo a veces ibirapitá, lapacho, ingá, Francisco Alvarez, timbó, laurel blanco, la flor de los cepillos, marginando las orillas bajas el palo amarillo, el viraró y el arrayán, mezclándose a estos componentes del bosque la pitanga y el obajay, buscados por sus deliciosos frutos.

La profundidad del río permite en general la navegación hasta muchos kilómetros de la desembocadura. Pero los saltos, y especialmente el Salto Grande (al norte de la ciudad de Salto) forman un obstáculo imponente



Geografía del Uruguay

Puertos del Litoral

y prácticamente insalvable, aunque la circulación con pequeñas embarcaciones y jangadas, se hace también río arriba.

Esta navegabilidad, permitió no sólo la rápida exploración del río en los tiempos del descubrimiento y de la conquista, sino que facilitó la colonización, motivó la fundación de ciudades y determinó un tráfico comercial apreciable, que con ciertas fluctuaciones persiste aún en la actualidad.

Junto al río Uruguay, nacieron Paysandú, Salto, Fray Bentos, Nueva Palmira y otras localidades, que hoy son florecientes ciudades y activos puertos. Pero la más antigua fundación del valle ha sido indudablemente la de Soriano, situada sobre la porción terminal del río Negro, y que data de 1624, aunque luego fue destruida por los indios, repoblándose años más tarde. También sobre el río Uruguay se encuentran localidades como Bella Unión, Nuevo Berlín, San Javier, y otras, que se ponen activas principalmente después de las cosechas. Y aunque alejada del río, ya que se encuentra sobre el curso del San Salvador, pero participando del movimiento económico del valle, se halla Dolores, próspera ciudad situada en una región agrícola muy rica, exportadora de cereales.

Parecería que con las fértiles tierras que lo marginan, la extensión de los cultivos de naranjo y de otros frutales en torno de Salto, la implantación de diversas industrias en Paysandú, la actividad del gran frigorífico que hace muchos años funciona junto a Fray Bentos, la fabricación de aceite en Nueva Palmira, y la remisión de productos ganaderos y agrícolas por estas y otras ciudades, el río Uruguay debería considerarse en nuestro país como un camino de tráfico intenso, como una vía fluvial de primer orden. Sin embargo, esto que pudo ser cierto en otras épocas no lo es tanto en el día de hoy. Con nuestros ferrocarriles y carreteras que irradian desde Montevideo, parece que hubiéramos dejado en el olvido al magnífico camino y a la gran corriente fluvial que dio nombre a nuestro país.

Pero recordemos que parte del río nos pertenece; podemos utilizarlo a nuestra voluntad; es camino, es promesa de energía hidroeléctrica; pero es ante todo un río nuestro, pletórico de posibilidades. La cría de ganado, la actividad agrícola, nos han forjado un espíritu de hombres de tierra adentro. El río Uruguay, con el Plata y el Atlántico, nos abren un camino que puede conducirnos hasta las más remotas comarcas del planeta.

Jorge Chebataroff

EL RATÓN COLORADO

UNA mañana de fines de diciembre, cálida y luminosa, Fausto Ruiz resolvió ir al monte a cortar un añoso ceibo, que ya no florecía de tan viejo, y con cuya madera fofa y blanda pensaba construir algunos bancos para la cocina de la estancia.

Blanquita y yo le acompañamos, radiantes de alegría, saboreando por anticipado las delicias que el matinal paseo habría, sin duda, de proporcionarnos.



Mientras Fausto abatía con certeros golpes de hacha el corpulento árbol, cuyas ramas casi secas desentonaban entre la vegetación lozana, nosotros correteábamos de un lado a otro tras las mariposas de brillantes colores, los aguaciles que surcaban el aire, o las lagartijas que se escurrían por entre la hojarasca, con un ágil y verde centelleo.

Extenuados al fin, nos sentamos a descansar sobre el tronco de un blanquillo que las aguas habían descuajado, y que yacía en posición horizontal a la orilla del arroyo. De pronto oímos, muy cerca de nosotros, una especie de gimoteo débil e intermitente. Y al echarnos a buscar el origen de aquel rumor extraño, descubrimos con la consiguiente sorpresa, en un hueco lateral del tronco que ocupábamos, un nido de esos ratones silvestres que las gentes del campo llaman "colorados", aunque en realidad su pelaje es más bien de un color marrón subido, que se acentúa en la parte superior del cuerpo.

Cinco ratoncillos se revolvían gimoteando allí, con los ojos todavía cerrados y el minúsculo hocico husmeando el aire. Era evidente que reclamaban la ubre materna, que estarían succionando tal vez cuando nosotros llegamos. Pero la madre, al vernos aparecer de improviso, había huido a refugiarse entre la maraña espinosa de un ñapindá cercano. Y desde allí, trémula y azorada, nos miraba con ojos suplicantes, casi humanos en su expresividad conmovedora.

Yo quise aproximarme a los animalitos y apoderarme de ellos para verlos mejor; pero Blanquita, siempre tierna y sensible, me contuvo diciendo:

—Déjalos. Son demasiado pequeños y les puedes hacer daño si los tocas.

Accedí a su pedido, y permanecimos silenciosos e inmóviles los dos, a la espera de los acontecimientos. Entonces ocurrió algo que estábamos muy lejos de imaginar por cierto, y que jamás podremos olvidar. Viéndonos así, en actitud pacífica, la madre abandonó su escondrijo, buscó un sitio propicio, y con las "barbas" del mismo blanquillo derrumbado preparó entre aquel malezal ríspido una madriguera provisional. Después, con gran cautela, se fue aproximando al hueco donde estaban sus hijos. Era tal el miedo que experimentaba, que las cuatro patitas le temblaban como briznas movidas por el viento. Se advertía claramente la lucha entablada entre su amor maternal y su instinto de conservación, y que a la postre acabó con el triunfo del primero.

Una vez que hubo llegado el roedor hasta su nido, y comprobado que allí estaban ilesos los cinco ratoncillos, comenzó a trasladarlos, uno después de otro, hasta la nueva vivienda. Los alzaba en la boca con infinitas precauciones, a fin de que sus agudos dientes no les causaran daño, y andando paso a paso con su carga, para él preciosa, iba a depositarla suavemente en el improvisado refugio, lejos de nuestro alcance.

Nosotros, sin movernos, lo contemplábamos con admiración y ternura. Era de forma idéntica a la de los ratones comunes, pero mucho más grande. Su cuerpo, de unos quince centímetros de longitud, se prolongaba en una cola monda de casi igual extensión. Su gracioso hociquillo se movía en un continuo ventear. Y sus ojitos brillantes y negrísimos no cesaban de observarnos.

Cuando acabó la singular mudanza, corrimos emocionados a contarle a Fausto lo que habíamos visto. Y él, sonriendo con su habitual bonhomía, nos dijo:

—Ahí tienen ustedes un elocuente ejemplo de cómo los animales, aun aquellos más pequeños y débiles, son capaces de hacer frente a los mayores peligros cuando se trata de defender la vida de sus hijos.

La misteriosa Isla de Pascua

LA luz del ventanal ilumina de lleno el mapa de Oceanía que cubre el pizarrón. Los niños ven la dominante mancha azul del Océano Pacífico y, bordeándolo, en cálidos colores, las costas de América, de Asia, la masa continental de Australia. Hacia el centro, un sinfín de islas pequeñísimas se extiende como un cardumen. La maestra señala:

—Aquí... Esta es la Isla de Pascua, — clavando el vértice del lápiz sobre un punto a mitad de camino entre Chile y los más avanzados archipiélagos de la Polinesia. Un brevísimo punto, como si una mosca distraída hubiese hecho de las suyas sobre el uniforme azul oceánico.

—Usted nos había prometido un cuento, señorita.

—Y el cuento empieza así: “Había una vez una isla misteriosa que navegantes holandeses descubrieron el año 1722...”, — responde la maestra, mientras enrolla el mapa y deja al descubierto, sobre el pizarrón, el dibujo de una isla triangular, aumentado hasta hacer visibles los detalles del contorno. Con su regordeta mano en alto, sonriendo, impone silencio al alumno impaciente. Luego se sienta, abre un libro grande y lee:

—“En la época de su descubrimiento moderno... (mira a la clase y dice: cuatro años antes de fundarse la ciudad de Montevideo), esta isla del Pacífico sudoriental... estaba habitada por dos razas...: una de carne y hueso... y otra de piedra... Una población aparentemente primitiva de cuerpos polinesios... y una población altamente desarrollada de estatuas...”

La maestra cierra el libro, se incorpora y explica:

—Las enormes estatuas, del tamaño de tres o cuatro hombres, suman aproximadamente quinientas, — mientras sujeta con chinchetas una lámina en que se ven, dispersos sobre herbosas colinas, varios monumentos de piedra tallados en grandes planos. Luego, agrega:

—La isla carece de árboles y el agua es muy escasa, lo que permite suponer que nunca pudo alimentar a una población numerosa. De unos años acá, se calculan en menos de 200 los habitantes de la isla.

—Más estatuas que habitantes, ¿entonces?

—Sí... Durante cierto tiempo se creyó, erróneamente, que la de Pascua fuese el último resto de un continente desaparecido, y aún que se tratase de la isla-nerópolis (o cementerio) de ese archipiélago vecino.

—¿De modo que cada estatua señalaría una tumba?

—Eso no; aunque se trata, sin duda de monumentos funerarios. Hoy se cree que, en el período culminante de la comunidad pascuense, unos dos siglos antes de 1722, los habitantes de la isla, de origen polinesio, llegaban a dos mil. Estos arriesgados navegantes habrían llegado, ¡sin brújula!, hasta allí, en sucesivas migraciones, en sus frágiles canoas.

—¿Y cómo construyen sus estatuas?

—Esos monumentos los tallaron sobre una roca blanda, de naturaleza volcánica. Se ha llegado a descubrir el “taller”, donde aparecen bloques estatuarios en distintas fases de su elaboración. Se comprende cómo los deslizaban luego, valiéndose de palancas, ladera abajo del volcán Rano-Raraku, hasta los lugares de sus emplazamientos.

—¿Qué representan las estatuas, señorita?

—Son monumentos consagrados a la memoria de los

muertos ilustres: los jefes de la comunidad y los hombres-aves.

—¿Los hombres-aves...?

—Lo explicaré... En cierta época del año, los pascuenses elegían a quien, por la interpretación de los sueños o la adivinación, se consideraba asistido por poderes mágicos, sobrenaturales. Se le destinaba un sirviente particular. Al llegar la primavera, éste debía nadar hasta



un islote próximo en busca del primer huevo de las golondrinas de mar, y volver con él hasta darlo a su amo que entonces era consagrado hombre-ave. Quizá muy pronto sepamos más acerca de los misterios de esta isla, pues varios grupos de investigadores trabajan actualmente allí, tratando de esclarecer las costumbres de la migración polinesia establecida en ella.

Álvaro Figueredo

La Educación de los Campesinos

EL gaucho no sólo heredó del conquistador español el tesoro del lenguaje, sino también el modo de emplearlo, el porqué de su aplicación de acuerdo con una educación legendaria hija del respeto a los mayores.

Cuando un forastero se acercaba a un rancho, aunque fuera la más humilde de las chozas, saludaba a gritos desde el caballo, sin apearse del mismo. Luego del grito, desde la portera, del "buenos días", y de la contestación de la persona que había aparecido en la puerta o la ventanita del

"¿Cómo está?" decía el visitante; a lo que respondía el dueño de casa: "Bien, ¿y usted?"; y volvía a expresar la visita: "Bien, gracias". A veces, por torpeza o mala interpretación del saludo, una sola persona decía toda o casi toda la frase: "Bien usted, bien gracias", "Bien usted, bien gracias". Los niños no besaban nunca al saludar a los extraños. Muy formalitos, rozaban su manita con la manaza del gaucho visitante, y si eran mayorcitos pronunciaban la frase de rigor.

Luego, el dueño de casa decía al recién llegado: "Pase p'a dentro". El

adorno autóctono, varios huevos de avestruz vaciados y enhebrados como un collar gigantesco, colgando de la pared o haciendo de marco a alguna oleografía, tapa de almanaque, etc.

El visitante sólo se sacaba el sombrero, y se sentaba haciendo toda la visita — que solía durar horas — con el poncho puesto y las espuelas, ya que quitarse estas prendas era de mala crianza. Se hacían preguntas sobre el tiempo, el estado de los caminos, los pozos o vados de los arroyos, el precio de la lana, etc. De pronto la conversación languidecía y todos quedaban durante uno o dos minutos en silencio, en tanto el forastero, que no tenía más que decir, o alguno de los caseros, que no tenían más que interrogar, expresaba como un alivio para salvar lo ridículo de la situación: "si señor"... y respondía el otro: "si señor... es ansina nomás, si señor"...

A veces el silencio embarazoso era roto por el ladrido de los perros, el relincho del caballo, que el visitante había maneado o atado al palenque antes de entrar, el lejano grito de los teros, o el más lejano canto de un chajá. Entonces toda la atención se dirigía al exterior.

El dueño de casa salía a la puerta y daba cuenta de cuál era el motivo de los ladridos, el relincho, o los cantos de las aves.

Cuando llegaba la hora de almorzar, y si era de tardecita, la de cenar, la visita era invitada a participar de la comida. Entonces sí se quitaba el poncho y las espuelas, colgaba el rebenque, que aún conservaba en la mano, en un clavo o percha, y se sentaba a la mesa modesta. Al llegar la noche, si la visita no se iba se le ofrecía un catre, o simplemente un colchón de chala, o más simplemente aún, un rincón en la cocina donde tender en el piso su recado o apero de montar, que siempre fue la cama del gaucho estando de camino. Al otro día, el visitante ensillaba su caballo y se disponía a retirarse; entonces, como estaban tomando mate, antes de poner el pie en el estribo para montar e irse, se le ofrecía el último mate, o sea el llamado por eso "mate del estribo".

En medio de estas costumbres y de esta educación, ingenuas y respetuosas, vivieron los campesinos uruguayos del siglo pasado, los mismos que siguiendo la gloriosa huella de nuestros héroes dieron los soldados sobre cuyo esfuerzo, sobre cuyas vidas generosas fue edificada la Patria.

Fernán Silva Valdés

rancho, el recién llegado quedaba esperando que lo convidaran a apearse del caballo. El dueño o la dueña de casa exclamaba entonces: "bajese"; y en el acto, el forastero — que recién se sentía con derecho a hacerlo, de acuerdo a la educación de aquella época — se apeaba del caballo y con éste de la rienda aún, se adelantaba a saludar dando su curtida mano al que lo había recibido y a todos los que por curiosidad fueran apareciendo en la puerta. El saludo se expresaba, al dar la mano — que más bien que apretarse una con otra sólo se rozaban — en esta frase dialogada:

extraño se sacaba el sombrero, si es que no se lo había quitado ya, y agachando la cabeza penetraba por la baja y humilde puerta del rancho, diciendo: "Con permiso".

Entonces entraban a una parte del rancho que se denominaba "la sala", una pequeña parte del mismo, con una mesita en el medio y varias sillas cojas, o sillones mancos contra las paredes que lucían el retrato del caudillo o guerrero a quien en las revoluciones había seguido el dueño de casa, sus padres o sus abuelos. Veíanse también algunos retratos de familia muy desteñidos, y como



Crónicas uruguayas

EL MERCACHIFLE

CADA dos o tres meses aparecía por la estancia el turco Alí Catiche, con la espalda encorvada por el peso del enorme cajón que sobre ella portaba, y al que sostenía, oficiando a manera de palanca, un fuerte trozo de roble, de cilíndrica forma, que el hombre colocaba entre la tapa de aquella especie de arca primitiva y las gruesas correas de cuero que la aseguraban, atravesándolo luego sobre un hombro y sujetándolo con ambas manos por el otro extremo.

La llegada del turco constituía todo un acontecimiento, especialmente para las mujeres, siempre necesitadas de algunas de las muchas baratijas que vendía.

Apenas le veíamos acercarse, dando grandes zancadas y anunciando su presencia en la pintoresca jerga que lo caracterizaba, y que tanta gracia producía a los peones, nos agrupábamos a la puerta del galpón, ávidos por contemplar los redondos espejitos, los peines de colores y los jabones de perfume intenso con que habría de regalarnos la vista y el olfato.

Cuando Alí desprendía las hebillas y levantaba la tapa de su rústico arcón, a nosotros parecíanos que acababa de hacerse realidad alguna página miliunanochesca. El brillo de los abalorios que resplandecían al sol, la amalgama de fragancias penetrantes que impregnaba el aire, la abigarrada profusión de formas y de chillones colores que ostentaba aquel nutrido conjunto de bagatelas, ejercían una suerte de mágica fascinación en nuestras almas ingenuas y sencillas. Hasta el propio Fausto Ruiz, tan aplomado y tranquilo de ordinario, tan dueño siempre de sí, dejaba entrever también, con gestos y palabras, la admiración y el asombro que aquello le causaba.

—¿Cuánto vale este peinetón dorado, Alí?

—¿Y cuánto esta piecita de entredós?

—¿Y este frasco de loción?

—¿Y este pañuelo de seda verde-luz?

Mujeres y hombres inquirían a la vez, ansiosos todos ellos por poseer alguno de los objetos que el buhonero exhibía, deshaciéndose en elogios para cada artículo.

Venían después los consabidos regateos que daban lugar a verdaderos alardes de socarronería y malicia por una y otra parte, y que terminaban indefectiblemente con alguna pequeña rebaja en el precio del objeto cuestionado.

Doña Ramona adquiría siempre cosas de utilidad doméstica: dedales, paquetes de agujas, botones, prendas de ropa interior, y a veces lienzo o crea para sábanas. Don Gumersindo y el capataz Umpiérrez solían comprar también, haciendo gala de sentido práctico, alguna bombacha, o una camisa de franela, o un par de zapatillas de entrecasa. Y lo mismo ocurría

A Blanquita y a mí se nos iban los ojos detrás de los juguetes que también llevaba Alí en su cajón prodigioso. Y mientras ella suspiraba por las pequeñas muñecas de ojos azules y sonrosados carrillos, yo ardía en ansias de poseer los caballitos de madera, o el simpático perro de loza que parecía aguardar mis caricias en el fondo del arca.



con la vieja negra Encarnación, la cocinera. Pero los demás, en cambio, optaban por las miniaturas de colores brillantes o por los artículos de perfumería. Sobre todo los peones jóvenes y solteros, que reservaban esas cosillas superfluas — collares baratos, medallitas, polvos de olor, relicarios — para obsequiar a sus novias en la tradicional visita dominguera.

A veces, don Gumersindo o doña Ramona, acordándose seguramente de sus tiempos de niños, se encargaban de convertir en realidad nuestros sueños.

Y Alí, que era también bondadoso y comprensivo, sonreía feliz al depositar en nuestras manos ávidas los anhelados juguetes.

Serafín J. García

CANTARES POPULARES DE ESPAÑA



MÁS HERMOSA ERES QUE EL SOL

MÁS hermosa eres que el sol,
que la nieve en el desierto,
que la rosa en el rosal
y la azucena en el huerto.

Más hermosa eres que el sol,
y más blanca que la nieve;
eres rosa alejandrina
que todo el año florece.

SEGABA LA NIÑA

SEGABA la niña y ataba
y a cada manadita descansaba.
Dices que no me quieres
porque no tengo
vacas en la vacada,
bueyes en rodeo.

Segaba la niña y ataba
y a cada manadita descansaba.
Con el son de las hojas
cantan las aves
y responden las fuentes
al son del aire.

Segaba la niña y ataba
y a cada manadita descansaba.
Mañanitas floridas
del mes de mayo,
cantan los ruiseñores,
se alegra el campo.

POR EL FLORIDO TRÉBOL

POR el florido trébol
la niña baja,
los arroyos se ríen,
las aves cantan.

Blancas corta mi niña
las azucenas,
y en estando en sus manos
parecen negras.

CUANDO SALES AL CAMPO

CUANDO sales al campo,
morena mía,
cantan los pajarillos
con alegría.
Cantan con alegría
porque tu cara
el sol se les figura
de la mañana.

Como vienes del monte,
vienes airoso,
vienes coloradita
como una rosa.
A tomillo me huele
tu pelo, niña;
a tomillo y retama
y a hojas de oliva.

Arte Florentino del Renacimiento



LUCA DELLA ROBbia: DETALLE DE LA CANTORIA (Bajorrelieve)



Reproducciones de El Grillo

TRABAJO

Pinturas de



Reproducciones de El Grillo

Carlos Prevosti

RETRATO DE NIÑA

Dibujos Infantiles



EL NIÑO DE LAS CABRAS. Bertha Ciapessoni. 13 años.



LA NIÑA DEL MAR. Arnoldo Waytiuk. 12 años.



PAYASO. Nora Maturell. 7 años.



CARNAVAL. Miguel Kell. 10 años.



GALLITO. Atilio Veronesi. 10 años.

Una ciudad, un río y un lago



TRAYENDO consigo el recuerdo de las lejanas tierras del Macizo Alpino que le dio origen, llega turbulento, como precipitado viajero enseñoreado de alturas, hasta la ciudad: Ginebra. Es el río Ródano, que nacido a dos mil metros de altura, cumple así la primera etapa de su viaje. Frente a ella su desasosiego se calma, su ímpetu se aquieta momentáneamente. Para detener el impulso impuesto por el descenso, sus aguas, serenándose, forman un lago: es el hermosísimo Lago Lemán o de Ginebra.

La ciudad complacida se mira en el gran espejo, reflejando en él su belleza. Edificios y puentes, las luces de sus avenidas y las montañas del fondo, se repiten en el cristal acuático y aparecen entre las imágenes de serenos cisnes blancos, adormecidos en las aguas. Ginebra, el lago Lemán y el Ródano que les da vida, son tres elementos donde la belleza se detuvo para dejar sus encantos.

Hablemos primero del río que viene de lejos y sigamos su recorrido. Desde el monte de San Gotardo, sus aguas proceden de la pureza de un glaciar y el poder de la montaña les da fuerza para seguir su curso sin fatigas.

Suiza es su nacionalidad de origen y Francia le dará la suya hasta que sus aguas se confundan con las del Mediterráneo. En territorio helvético, la cuenca del Ródano abarca la mayor parte de los Alpes. Después forma el Lago Lemán, el mayor de Europa Central. Su enorme superficie de más de 580 kilómetros cuadrados, se reparte entre Suiza y Francia, ofreciendo en sus dos riberas paisajes opuestos. El aspecto abrupto y empinado de la costa francesa, acantilada, contrasta con la línea suiza, de suave declive que va a unirse con los postreros ramales del Jura.

La parte oriental, está resguardada de los vientos fríos, por las montañas.

Como consecuencia de la benignidad del clima, el verde de la vegetación y el colorido de las flores acrecientan el encanto de las ciudades de sus orillas.

Pero, el río no puede detenerse y sigue su eterno camino.

Se aleja de tierras suizas para penetrar en Francia. En territorio francés corre de oriente a occidente. Allí, se le une el Saona que viene del norte. En la confluencia del Ródano tumultuoso con el Saona sereno, está Lyon, importante ciudad industrial y gran centro comercial. Continúa su curso sin perder sus características de río

de dificultosa navegabilidad, y después de pasar frente a Avignón y haber corrido ochocientos kilómetros, termina dividiéndose en numerosas bocas, en ancho delta.

En sus aguas, las primitivas nieves alpinas llegan a mezclarse con el azul luminoso de las del Mediterráneo. Muy cerca, el gran puerto de Marsella, señala el extremo sur de esa gran vía natural que el Ródano y el Saona establecen desde el norte de Francia.

Pero de todas las ciudades que reflejan su silueta en las aguas de este río, pocas ofrecen el atractivo y sugestión que brinda Ginebra. Ésta ha logrado un gran desenvolvimiento industrial, preponderantemente en las industrias de precisión y supo conquistar un alto sitio entre las ciudades cultas del mundo. Fue la patria de Rousseau, y en su homenaje en pleno centro de la ciudad, una diminuta isla que lleva su nombre, muestra un monumento que le recuerda.

La característica serenidad de Ginebra, su situación en una encrucijada de pueblos y el elevado ambiente intelectual que allí se vive, determinaron que fuera elegida en la segunda década de este siglo como sede de la Sociedad de las Naciones. Por eso ahora los ojos del viajero contemplan el magnífico Palacio de las Naciones, que continúa siendo un centro activo de la diplomacia internacional.

Ginebra es en el presente, igual que en el ayer, una ciudad simbólica. Posee todos los elementos para una actividad serena, orientada por inquietudes de nuevos avances. El lago le otorga un horizonte amplio y claro, contagiándole su medida alegría. Por otro lado, la mole siempre inmaculada del Monte Blanco, parece recordar a los ginebrinos que sus ideales de paz y libertad deben ser tan inmovibles y puros como la cima vigilante. A su espalda la pendiente del Jura cubierta de bosques quiebra la monotonía del ambiente.

Pueblos y costumbres extraños

LOS ESQUIMALES

EL hombre se halla en las selvas tropicales, en las islas azotadas por las tempestades, en las altas mesetas cubiertas de nieve, en las costas templadas acariciadas por el sol, en las tierras árticas y en los desiertos ardientes.

Pero sorprende, a pesar de ello, que existan grupos humanos donde la tie-

suman milenios, a sus actuales territorios, empujados por pueblos más belicosos, y allá se quedaron, en equilibrio con el medio, sin poder avanzar ni retroceder culturalmente, pues para lo primero necesitarían un clima más favorable, y si sucede lo segundo perecerían sin remedio.

La palabra esquimal tiene un curioso origen. Pertenece al lenguaje de los indios canadienses que llaman con el nombre de **esquimos** a los "comedores de carne cruda" del lejano norte. Los esquimales, en cambio, se llaman a sí mismos **innuit**, o sea los verdaderos, los únicos, los mejores hombres. Esta característica de suponerse los mejores del mundo es común a todos los pueblos primitivos y

gan a cinco centímetros de altura, acampados en la proximidad de los ríos. Practican entonces la pesca fluvial y la caza del caribú, una especie de reno salvaje de América del Norte. Las familias se separan unas de otras, y tanto las actividades sociales como las religiosas cesan casi totalmente.

Cuando se aproxima el invierno, en medio de los chubascos y feroces vientos del frío otoño, llamados **blizzards**, dejan abandonadas sus viviendas de piedra y cueros; cada familia acomoda sus enseres en un largo trineo fabricado de varas de huesos de ballena, de la rarísima y codiciada madera arrastrada por las corrientes o aun de pieles de buey arrolladas y heladas y luego parten, entre el ladrido de los perros-lobos, hacia el norte helado.

Las comunidades se unen; renace la actividad social y religiosa; llega la época de la caza pero también de las historias de antepasados y de los torneos de cantores que regocijan a los atentos auditorios.

El invierno es la estación preferida del esquimal. Se establece sobre el mar helado, construye ayudado por su inseparable cuchillo de hueso un **igloo**, la cabaña de panes de hielo, y penetra en él con su familia para iniciar la pesca y caza polares.

Ha llevado consigo sus anzuelos y sus arpones de hueso, sus lámparas de piedra con mechas de musgo retorcido empapado en aceite de foca, sus perros cazadores y sus magníficos vestidos de piel.

Acecha entonces a las focas que salen a respirar por los agujeros practicados en el hielo o abre huecos en el helado escudo para pescar hora tras hora bajo temperaturas rigurosas. Cuando no puede ya romper la costra de hielo persigue semanas enteras a los osos blancos, hasta que les da caza.

Al llegar la primavera y comenzar el deshielo se traslada nuevamente a la costa, aguarda a los peces que descienden por los ríos al mar y tripula sus livianos botes de pieles, llamados **kayaks**, a los que maneja con maestría prodigiosa.

Los esquimales son amables, pacíficos, perseverantes. Aceptan con humildad su duro destino. Comparten sus horas de alegría y de desdicha con espíritu sereno. Cuando hay mucha comida se hartan. Cuando no la hay comen solamente hielo para no deshidratarse y aguardan pacientemente a las presas.



se conoce con el nombre de etnocentrismo.

Los esquimales viven en las costas boreales de América del Norte desde la península de Alaska a la del Labrador, en algunas islas del mar Ártico y en el litoral de la inmensa y desolada Groenlandia.

No forman comunidades numerosas; la lucha por la existencia es muy grande y como viven de la caza y de la pesca necesitan extenderse sobre dilatadas superficies para lograr los alimentos. Su población actual se calcula en 55.000 habitantes.

Los esquimales llevan vida nómada. Pasan los veranos a orillas del mar o en tierra adentro, en la tundra de líquenes y sauces enanos que sólo lle-

rra es inhospitalaria y donde el frío o el calor son extremos, pues allí la vida transcurre duramente y los alimentos se consiguen con penuria.

Un ejemplo de la adaptación humana son los esquimales. Se han adaptado de tal modo al ambiente glacial que no podrían ya abandonarlo. Llegaron hace muchos siglos, tantos que

La Tienda de los Nómadas

QUE niño no conoce las transportables y livianas carpas de lona que los excursionistas levantan durante la semana de turismo en los más lindos rincones del campo uruguayo?

Esas tiendas, sin embargo, no son de uso exclusivo del hombre blanco; antes bien, pertenecen a otros pueblos de costumbres primitivas y el hombre blanco las ha adoptado por su simplicidad y fácil conducción.

La tienda, por ser una vivienda portátil, de rápido armado y de cómodo desplazamiento, está asociada a la vida de los pueblos nómadas que se mueven con familias y utensilios tras la caza o los ganados. Y ya que hemos hablado de nomadismo es bueno aclarar el concepto y diferenciarlo del término trashumancia, que a veces se emplea como sinónimo. Existe nomadismo cuando toda la comunidad se traslada con los animales domésticos, siguiendo las pasturas, o cuando errantes las huellas de la caza en las grandes praderas herbosas. Hay en cambio trashumancia o trashumación cuando los pastores conducen los ganados mientras sus familias permanecen en sus sitios aguardando su regreso.

La tienda tiene significado universal, pues donde están los nómadas allí se la encuentra. Así es como hay tiendas en las desoladas y ardientes arenas del desierto árabe; en las ya secas o ya empastadas praderas del Asia Central; en las frías regiones de la tundra, cercanas al polo Norte; en los altiplanos del Tibet, acuchillados por vientos penetrantes; en las rocosas mesetas de la Patagonia; en las amplias llanuras norteamericanas; en los macizos montañosos del temible desierto de Sahara.

Pero qué distintas formas, qué variedad de materiales, qué procedimientos constructivos diferentes existen en estas habitaciones portátiles de los pueblos primitivos.

La tienda clásica de los indios pieles rojas, lleva el nombre de **tipi**.

El **tipi** se arma sobre unos veinte palos finos y rectos de pino o cedro que alcanzan de cinco a seis metros de altura. Son las mujeres indias las encargadas de construirlo y las hay tan hábiles que lo levantan y recubren en menos de tres minutos.

Dispuestos los palos en forma cónica se atan con tientos de cuero en su vértice y se visten luego con pieles de búfalo cosidas entre sí, cuidando de dejar una abertura en la parte su-

perior para que salga el humo. La puerta del **tipi** se orienta siempre hacia el este, de modo que los fríos vientos que descienden de las montañas Rocallosas golpeen en su parte posterior.

Otra vivienda india, utilizada por los algonquinos, una tribu de la América del Norte, es el **wigwam**. En este caso los palos forman una armadura semiesférica que se cubre con pieles.

La tienda de los pastores de los desiertos del Viejo Mundo son de aspecto y materiales distintos. Las de los famosos tuaregs del centro del desierto de Sahara, de forma cuadrangular, se arman colocando sobre toscas perchas unas veinte pieles de cabra cosidas entre sí y teñidas de color rojo profundo.

llos y ovejas que buscan los pastos de verano en el norte y los de invierno en el sur. Los kirguises viven en tiendas de fieltro, construidas sobre armaduras de madera y mimbre. Estas tiendas, idénticas a grandes hongos amarillentos, se denominan **kibitkas** y los lugares donde se levantan, yurtas.



La tienda de los pastores árabes, contrariamente a las de los tuaregs, está fabricada de tela de pelo de camello, teñida de color negro o azul oscuro. Se la deja abierta hacia el norte para que la brisa fresca refresque su interior. Un conjunto de tiendas constituye un aduar y aunque sobrevengan súbitas borrascas, pues en el desierto llueve a veces torrencialmente pese a la creencia en contrario, las portátiles habitaciones que tan bien protegen del sol y la arena arrastrada por el viento, son una eficaz defensa contra el agua.

En las llanuras tendidas entre el mar Caspio y el lago Baikal otro pueblo nómada, los kirguises, siguen con vaivén estacional los caballos, came-

Tienen ocho metros de diámetro y cuatro de altura. Son armadas también por las mujeres, que emplean media hora para hacerlo, y durante las travesías son transportadas por los camellos lentos y cadenciosos.

Artistas del Uruguay

JAVIER DE VIANA

JAVIER DE VIANA es un gran narrador de las cosas nuestras. Hombres y paisajes, acontecimientos históricos y legendarios, tienen en este escritor, su gran intérprete. Sus cuentos y novelas son la historia de nuestros campos, de los hombres que en ellos vivieron, historia narrada con un verdadero amor y sabiduría de artista.

Viana ha escrito su propia biografía, de la que transcribimos:

«Nací en la ciudad de Canelones, el 5 de agosto de 1868, y descendiendo de una familia de rancia nobleza hispana, siendo mi bisabuelo el mariscal José Joaquín de Viana — primer gobernador de Montevideo.

«Mi padre, como mi abuelo, era estanciero, y yo me crié en la estancia, aprendiendo a andar a caballo al muy poco tiempo de haber aprendido a caminar. En aquel sitio agreste, teniendo por educadores al capataz y a los peones gauchos, que me divulgaron todos los secretos de la religión patriótica, aprendí a comprender las maravillas de la naturaleza, a soportar sus inclemencias y agradecer sus favores, amar a las bestias laboriosas, interpretando el misterioso lenguaje de los pájaros y las flores.

«Hasta la edad de once años permanecí en la estancia, sin ninguna contaminación con el ambiente de los poblados, chicos o grandes. No sabía leer en los libros, pero sabía hacerlo en la naturaleza; y cuando me enviaron a la capital para iniciar los estudios elementales, mi alma iba imbuida de un intenso amor a lo bello, a lo noble, a lo fuerte y a lo justo.

«Tuve dos años de colegio y de ahí pasé a la Universidad, graduándome de bachiller en Ciencias y Letras a los dieciséis años.

«He sido hacendado, criador de vacas y ovejas, tropero; revolucionario, muchas veces. He sido, ante todo y sobre todo, periodista, en mi país y fuera de mi país.

«Llevo compuestos y publicados veinte volúmenes de novelas y cuentos, y dados al teatro once actos, representados con variable fortuna.

«He viajado mucho, he visto mucho, he aprendido mucho en esas universidades sin claustro ni catedráticos, y estoy convencido de que si hay en mi obra algunos adarmes de mérito, ellos son producto casi exclusivo de lo que la campaña me enseñó en mi infancia y de lo que me enseñó el rodar por el mundo.»

Javier de Viana falleció en La Paz (Departamento de Canelones), el 5 de octubre de 1926.



CARLOS P. PREVOSTI

EL pintor Carlos P. Prevosti es oriundo de Montevideo, donde nació el 5 de octubre de 1896 y en donde murió el 11 de mayo de 1955.

Su vocación pictórica fue muy temprana. A los dieciséis años colaboraba en el taller de escenografía de los teatros Solís y Cibils. Cursaba por entonces clases de arquitectura y dibujo en la Escuela Italiana. Más adelante acrecienta sus conocimientos con estudios en las escuelas industriales y en 1916 con los que realiza en el "Círculo de Bellas Artes".

Colaboró en la realización de los frescos y grafitos que decoran la Sala de los Pasos Perdidos y el plafón del salón de fiestas del Palacio Legislativo.

En 1926 parte hacia Europa en procura de nuevo saber y lo hace en compañía de un grupo de jóvenes artistas que de diverso modo han dejado su influencia en nuestro arte: Carmelo Rivello, Bellini, Savio, Cabrera.

En Francia es discípulo de reputados maestros, como Fernando Léger, André Lothe, Lefoconière. Ya en nuestro medio, Prevosti fue de los primeros en introducir estas disciplinas inaugurando, para la pintura nacional, un más acertado entendimiento con la escuela europea del momento.

La pintura de Prevosti es fruto de reflexión sobre el uso de los recursos pictóricos y de su sabia elección. Su obra tiene el doble valor de su calidad y de ser reflejo de su alma generosa.

En 1930 nuestro país festeja el Centenario de su Independencia y en la exposición extraordinaria que se realiza con ese motivo, sus grabados enviados desde Europa, merecen el 2º premio, y su pintura, una distinción especial.

En 1931 viajó por Suiza e Italia, especialmente Milán. Otra vez en el Uruguay, enseña pintura a numerosos núcleos de artistas y a los niños, en la Escuela Experimental de Las Piedras.

En 1939 es designado profesor de dibujo y manualidades en la misma escuela. Desde dicho cargo orienta las actividades más variadas: pintura, grabados, modelado, cestería, teatro de títeres, escenografía, juguetes, etc.

En la Colonia Escolar de Piriápolis y en las Escuelas España y Bolivia también impartió su enseñanza.

En los últimos años de su vida, el martirio de su mano derecha enferma limitó su producción artística y canalizó hacia su magisterio su saber, que deseaba transmitir a los demás.

A. H.



Javier de Viana



Por tierras de América

Agricultura del Titicaca

La agricultura del Titicaca corresponde a un pueblo dotado de un sentido especial "agrológico". Esta zona de puna presenta la flora alimenticia más rica y la fauna domesticada única en este lado del mundo. La tierra, por sí, ofrece condiciones excepcionales de feracidad, pero el hombre posee virtudes excelsas de trabajo. Las aguas abundantes que bajan de las cumbres nevadas, fertilizan y cubren de verdor estepas y valles. La papa, la quinua, la kaniwa, la oka, el ulluku necesitaron un largo proceso de ensayos para su definitiva adaptación; el maíz, para ser aclimatado a esta altitud, requirió esfuerzos repetidos; la llama y la alpaca, para perder su estado salvaje, exigieron penosas prácticas, sostenidas por el interés de utilizarlas con fines económicos.

El hombre debía, a cada instante, desplegar múltiples actividades de comprensión y dominio de la Naturaleza; vivir tenso, alerta, dinámico, arrancar al mundo físico el secreto de la producción que habría de convertirle en amo y señor de tierras y pueblos. Sólo una capacidad especial pudo hacer del habitante de estas regiones un diestro agricultor. No era fácil tarea defender y conservar lo inventado. Junto con los factores favorables iban implícitos los adversos: variaciones bruscas de temperatura, heladas, granizo, exceso o escasez de lluvias, podían determinar la catástrofe. El labrador de esta altitud es hombre en perpetua vigilia.

Agricultor de azada, hubo de confiarlo todo a su esfuerzo personal, a la cooperación activa de todos los miembros del ayllu. Ni la llama ni la alpaca podían ser utilizadas para el trabajo campestre. La ruda faena recaía por entero en el hombre y, proporcionalmente a sus

fuerzas, en la mujer y en el niño, que le ayudaban en sus variadas labores de la siembra y la recolección.

La meseta del Titicaca desempeña papel principal en el desarrollo de las más antiguas culturas de América. Las condiciones geográficas de esta zona explican con absoluta claridad la razón de este predominio. Como un manojo, se reúnen en el nudo de Vilcanota las cordilleras sudperuanas; bajan los ríos hacia el mar interno y en dirección a la planicie amazónica. Aquí se distribuyen las aguas y las tierras, como en la leyenda incaica se refiere.

Los hombres de los valles serranos y costeros, los de la selva, los de la estepa, debieron también arrancar de este gran tronco o afluir a él. Una población densa ocupaba la vastísima extensión de estas elevadas tierras. La destreza agrícola demuestra la remota antigüedad del hombre civilizado en esta zona del Perú. El descubrimiento de las cualidades nutritivas de la quinua y de la papa, muy superiores a los cereales conocidos en los otros continentes, requirió millares de años y un tiempo no menor de adaptación. Padres de la agricultura americana pueden ser llamados los agricultores del Titicaca.

Vedlos, con el wisu clavado en tierra, ágiles y gozosos, ahora como hace dos mil años, retrocediendo rítmicamente, mientras las imillas, las admirables mujeres indias, marchan solemnes, con el gesto creador de sembradoras. El sol preside las rústicas labores. Así, familiarmente, como cuando caminaba por la isla e imprimía sus huellas en el suelo rocoso. Cierra el horizonte el azul del Titicaca.

Luis E. Valcárcel

NORUEGA

LA costa escarpada, bordeada a veces por cordones de islas, y que se recorta a cada paso para dejar lugar a fiordos alargados, hoy ocupados por el mar, pero que en otro tiempo fueron valles recorridos por ventisqueros (ríos de hielo). El mar con frecuencia agitado, pero que simula un espejo en las porciones más escondidas de los fiordos. El horizonte perdido entre las brumas, o que se recorta en las montañas heladas del interior del país, que constituyen una barrera colosal para el avance del hombre. Pequeños trozos de tierra llana y accesible, muy bien cultivados y con densa población. Franjas de bosques de coníferas que se alargan en los valles y en las faldas de las montañas. Y una actividad pesquera y portuaria que no tienen casi parangón. Así es Noruega, nación que en el norte

de Europa se alarga como una estrecha banda comprimida entre el mar y las montañas cubiertas de nieves y de hielo de la península Escandinávica. Pueblo de cultura elevada, donde no existen analfabetos, que dio al mundo artistas, sabios y exploradores famosos, el noruego siente la constante presencia del mar. En un país casi dos veces más extenso que el nuestro, la ciclópea masa inhospitalaria de los Alpes Escandinávicos, obliga al hombre a levantar su vivienda junto al mar, y a pedirle a éste su alimento y los caminos que llevan a todas partes. Hacia los parajes alejados del litoral se alargan los tortuosos y ramificados brazos de los fiordos, como una demostración de la omnipresencia del líquido elemento.

Los noruegos, que hoy suman más de tres millones de personas, desde

remotas épocas de la historia aprendieron a usar los caminos del mar, y a explotar los tesoros del mismo, que son el sostén de esa población vigorosa y altamente civilizada. Con la madera de los bosques, y con el hierro de la península Escandinávica, construyeron una poderosa marina mercante, y formaron una flota pesquera que hoy se compone de más de treinta mil embarcaciones a motor. Mientras parte de la población se dedica a la agricultura, a la cría de vacunos y animales de piel fina (zorros plateados, por ejemplo) y a la industria, más de cien mil personas están ocupadas en la pesca y otros muchos en la navegación de altura.

Cuando el invierno toca a su fin, y miríadas de organismos microscópicos que constituyen el llamado plancton se presentan en los mares, los noruegos, en millares de embarcaciones, salen a pescar. Primero llega el arenque, que busca afanosamente a los diminutos organismos del plancton, de los que se alimenta. Muy pronto acuden vastos cardúmenes de bacalao, que vienen en persecución de los arenques. El hombre interviene en este drama y extrae centenares de miles de toneladas de arenque y de bacalao, y además otros peces como caballa, merluza y lenguados. Miles de personas se ocupan de secar y de salar el producto extraído; parte se consume en el país, pero es mucho lo que se exporta a comarcas lejanas. La flota noruega no se limita a pescar en los mares adyacentes. Muchos barcos se aventuran a grandes distancias; unos recorren las aguas del Ártico, otros marchan a perseguir la ballena a los mares antárticos.

Bergen, Stavanger y Trondhiem viven una actividad extraordinaria; sus espaciosos puertos se colman de barcos. El movimiento industrial derivado de esa actividad es allí también muy grande y afecta a la capital del país, la bella y populosa ciudad de Oslo, dedicada al comercio, a la industria maderera y a las actividades culturales.

Un noruego fue el descubridor del polo Sur, noruegos fueron algunos marinos y sabios que exploraron y estudiaron los océanos, y fueron muchos los noruegos que hicieron señalados descubrimientos científicos. Pueblo pacífico, culto, tenaz, y que casi no se concibe sin la presencia del mar, el noruego ha hecho de una franja de tierra habitable, un hogar cálido y feliz.



El Libertador, Simón Bolívar

SIMÓN Bolívar nació en Caracas, capital de Venezuela, el 24 de julio de 1783; fue bautizado en la catedral caraqueña con los nombres de Simón José Antonio de Santísima Trinidad. El apellido de su padre, Bolívar y Ponte; el materno, Salacios y Sojo; Simón Bolívar, simplemente, para la gloria y la posteridad.

Hijo de familia acomodada y poderosa, el pequeño Simón fue creciendo entre halagos y mimos; fue un niño vavaz y travieso, incorregible en el concepto de sus propios familiares. Huérfano de padre a los tres años y de madre a los nueve, queda en manos de su tutor don José Miguel Sanz, quien contrata a un joven y renombrado maestro para que se haga cargo de su educación; se trata de Simón Rodríguez, que con el tiempo llega a ser el mejor amigo de su discípulo, con una amistad que habrá de durar todas sus vidas. En 1797, cuando ya aparecen en América los primeros brotes revolucionarios, Bolívar se inicia como cadete en la carrera militar; se gradúa de sub-teniente dos años más tarde, y parte para Europa a completar su ilustración. Viaja por Madrid, donde conoce a los reyes Carlos IV, María Luisa y también a su hijo Fernando, con el que llega a compartir juegos juveniles; este Fernando es el mismo a quien veinte años más tarde Bolívar combatirán desde América para lograr la libertad de varios países. Luego el joven Simón visita Bilbao, Barcelona y Marsella, para trasladarse a París donde tiene oportunidad de ver a Napoleón. Vuelve a Madrid, donde contrae enlace, y de inmediato regresa a Venezuela para organizar su vida y su hogar.

Muy pocos años han pasado; estamos recién en 1803, cuando Bolívar cuenta apenas veinte años, y ya debe soportar el duro golpe de la pérdida de su esposa. Este golpe será lo que decida su destino — él mismo lo dijo luego — porque a partir de este momento el futuro Libertador abraza definitivamente la profesión militar, cosa que no había pensado antes, puesto que al regreso de España tenía resuelto con su esposa dedicarse a las tareas agrícolas en sus posesiones venezolanas.

En esta época, Bolívar es un joven de escasa estatura, delgado y con aspecto delicado y un tanto endeble; es muy correcto y caballeresco, su porte es distinguido y posee una amplia cultura que constantemente se preocupa por aumentar.

En 1804 emprende su segundo viaje



a Europa; pasa por Madrid y llega a París justo a tiempo de presenciar la proclamación de Napoleón.

En estos días Bolívar encuentra a su viejo preceptor y amigo Simón Rodríguez; juntos recorren entonces Francia, Italia, Alemania y los Países Bajos, y después cruzan el Atlántico para ir a visitar y conocer Nueva York, Filadelfia y Charleston. En 1807 regresan a Venezuela; son los momentos en que ya está en plena marcha la revolución libertadora, y Simón Bolívar no vacila en lanzarse al combate. Es entonces un luchador incansable, un auténtico libertador, que con energía indomable lucha durante largos años contra la dominación española, a la que va arrancando la libertad de su Patria, de Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia. Cruza varias veces los Andes; combate en innumerables batallas en las que obtiene resonantes victorias y a veces derrotas dolorosas; marcha incansablemente de sur a norte y de norte a sur; se ve obligado a soportar

convulsiones internas, traiciones y destierros. Los pueblos que ha liberado le aman, y a cada paso le piden que permanezca con ellos y se encargue de gobernarlos, cosa que Bolívar nunca quiere aceptar. Pero la lucha ha sido larga y cruel y el organismo del Libertador termina por ceder a la fatiga y la enfermedad. Además llega entonces el momento — que parece estar reservado a todos los grandes — de la incomprensión y la ingratitud: solo, pobre y enfermo, Bolívar debe abandonar su patria y asilarse en Ecuador donde, en una quinta de Santa Marta, muere el 17 de diciembre de 1830. Antes de morir, dejó una proclama dirigida a sus compatriotas, cuyos últimos párrafos conviene conocer porque demuestran la grandeza del Libertador: "... mis últimos votos son por la felicidad de la Patria. Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro."

Juan Antonio Vázquez

LA BATATA



LA batata es planta americana y, posiblemente, la primera conocida y mencionada por los cronistas de la Conquista, confundiéndola con la yuca.

Batata es, para unos, palabra haitiana y, para otros, caribe. En el Brasil se le denomina **yetica** o **yetuca**, y en Corrientes y en el Paraguay, con la voz guaraní de **yetí**. En quechua se denomina **apichú**; en aymara, **tuc-tuca**; en México se le llama **camotli**; en el idioma de los chibchas, **batata**.

Los diversos nombres que se emplearon en América para denominarla y que actualmente aún están en uso, son los siguientes: **aje**, que parece ser el primer nombre de la batata y el primero de planta americana citado por los cronistas del descubrimiento; **patata**, **pataca**, variantes de batata; **camote**, **boniato**, **chaco**, **papa dulce**, etc.

Es probable que Colón, al regreso de su primer viaje, haya llevado la batata a España; así dice Francisco López de Gómara, en su Crónica publicada en 1552, que Colón llevó a España en 1492, "diez indios, cuarenta papagayos, diez gallipavos, muchos conejos, batatas, ajíes, maíz de que hacían pan, y otras cosas extrañas y diferentes de las nuestras".

La batata desempeña un papel importante en la alimentación del hombre por las sustancias alimenticias que contiene. Los habitantes de algunos países de América se alimentan aún hoy casi exclusivamente de batata, maíz y mandioca. Era el principal alimento de la población de las Antillas, donde se cultivaba conjuntamente con la yuca, el maíz, el ají y los frijoles.

La batata es planta herbácea; la parte comestible es raíz tuberosa, como la yuca (mandioca), y no tubérculo, como la papa. Sus tallos son rastreros o trepadores, de hojas alternas, generalmente aflechadas, de color verde más o menos oscuro. Sus flores son grandes, acampanadas, de color rojo púrpura por dentro y rosado por fuera, algunas veces blancas, reunidas en grupos de tres o cuatro sobre un pedúnculo auxiliar. Florece en verano. Se

cultiva con preferencia en países tropicales o subtropicales de verano largo y relativamente seco.

Tanto la batata como el maíz, la papa, el cacao, que son plantas americanas, contribuyeron a modificar el sistema de alimentación del mundo moderno y son de importancia para el régimen económico del hombre actual.

Existen muchas variedades de batata, pero las más comunes son: La colorada, la blanca y la amarilla. Su reproducción puede efectuarse por semilla, por ramas y por raíz. En los países muy cálidos se reproduce por semilla, pero comúnmente se emplea el sistema de las ramas o raíz. Para la plantación por medio de la raíz se procede de la siguiente manera; se depositan las raíces en terrenos preparados de modo que puedan desarrollarse en perfectas condiciones las yemas u hojas. A los pocos días de efectuarse la plantación, germinan las yemas produciendo retoños que viven a expensas de las materias nutritivas contenidas en la raíz; cuando los retoños han adquirido bastante robustez, se extraen procurando que lleven consigo una porción de la raíz, y se plantan definitivamente. Para la plantación por medio de ramas o esquejes, se toman, a mediados de abril, los tallos, y se dividen en trozos que contengan de cuatro a seis nudos, y se clavan en el suelo dejando, por lo menos, un nudo al descubierto. De los nudos enterrados nacen raíces y de los que quedan al aire, nuevos tallos que a su vez dan origen a otros nudos. Estos segundos tallos, cuando han adquirido suficiente desarrollo, se cortan para una segunda plantación.

Salcochada, asada, con manteca, azúcar y miel, tiene la batata gusto muy agradable; se usa en confituras y se come también acompañando a otros alimentos. Con la harina se preparan varias comidas y especialmente un sabroso y riquísimo pan; también se fabrica una bebida alcohólica que en las Antillas denominan **mbby** y en el Brasil **marmorada**.

JOSÉ CRUZ ROLLA.

De "Folklore, ritos y costumbres del pueblo guaraní"
(Adaptación de Verdad Rizzo de Garibaldi)

Al niño campesino

Las abejas de Goyito

SECÁNDOSE las manos con el delantal, desde la puerta de la cocina, señá Jacinta exclama:
¡Asómense, les digo! Vean cómo se escapan las abejas de Goyito.

Justina corre al patio, gira como un trompo, mira hacia todos lados, descubre al fin la aérea multitud, se hace visera con la mano y corrige:

—De Goyito, no. Son las abejas del cielo, de la luz.

El zumbador enjambre se arremolina en lo alto, ondula sobre el aljibe, sube y baja, se abre y cierra como un vellón, sesga hacia una cornisa de la casa, se entretiene en un círculo, roza el pretil como una ráfaga de humo, flamea como una bandera y se aleja hacia la quinta. Voceo:

—¡Go...yiii...toooo...!, — y el muchacho se nos adelanta en dos brincos.

Nos dispersamos en la deslumbrante mañana tras el rastro musical de las abejas que sobrevuelan, reuniéndose otra vez, los perales en flor.

Tropezamos aquí y allá, nos topamos distraídamente con los troncos, alguien pierde su sombrero de paja, mientras el enjambre, que evolucionaba encima de las verdes copas iluminadas, desciende ahora en un anhelante tirabuzón de alas y zumbidos.

—Van a enjambiar ahí, — asegura Goyito que, sin apartar los ojos del enjambre que ya empieza a posarse, recoge de un manotazo su sombrero caído.

—Corre, Justina, por la podadera.

La niña vacila entre la aventura y el miedo. Ya se va. En tanto, el espeso abejerío se encima y apretuja. Zumba y bulle alrededor de la delgada rama que va doblándose lentamente bajo el apiñado peso, en medio del fragante verdor, de la sombra franjeada por el sol.

Goyito corre al colmenar. Quedo solo. Huyen unos pájaros golpeando las hojas relucientes o sombreadas. El enjambre cuelga como un fruto.

Justina regresa empuñando una tijera de podar. Goyito llega abrazando una colmena de madera. Trae los brazos mojados.

—Ayúdame, Justina.

—Toma la podadera.

Goyito se alza sobre la punta de los pies, con los brazos en alto, y da un tijeretazo. Se aploma y respira. El enjambre negrea en su mano izquierda como un racimo de uvas pasas. Lo aproxima cautelosamente a la colmena donde la hirviente piña se deshace blandamente.

—Observa. Esa es la reina.

Justina no distingue a la abeja madre. Nunca la ha podido distinguir.

—Esa, te digo, esa. La del poncho rabón, esa de las alas "a media pierna".

—Sí, Goyito, la vemos, — digo yo, y se la indico a la niña.

La reina se cuela por una ranura y los miles de obreras se atropellan y desaparecen detrás de la alicorta.

Justina se aparta. Una abeja alocada ha trazado un círculo sobre su cabeza, y ella ha sentido un escozor y un calofrío imaginarios. Se le ha puesto la carne de gallina y hasta ha llevado las manos a la mejilla como si allí se le hubiese clavado un aguijón.

Goyito no teme. Las abejas retiemblan en su encierro.

—¡Tus abejas, Goyito!

—La miel es de todos, Justina...

Goyito abraza de nuevo su colmena y la lleva a su sitio, al colmenar que él cuida, entre un pequeño rectángulo de tangerinos. Justina piensa en los chorreantes panales, en una tostada untada de miel, en su joven amigo a quien despido:

—¡Salud, apicultor! ¡Haznos dulce la paz!

Álvaro Figueredo.



FUE aquélla una época de la más dura y grande agitación en el reino de los animales.

Señalado ya el día para ser elegido por veredicto popular el rey que rigiera los destinos de ese pueblo, en lucha constante, los comicios de la selva se agitaban en una inquietud de parcialidades, nunca conocida; pues ya no sería el León el único capaz de pretender el honroso y grande dominio, sino que también el Tigre lo aspiraba ahora, y en tal proporción, que su influjo fue suficiente para dividir el electorado, de manera tal que sería muy difícil saber a quién iba a corresponder el triunfo.

Pues llegó el día memorable en que los dos bandos, divididos por iguales partes, se disputaban la gran supremacía. Todos, absolutamente todos, debían consignar su voto en las urnas del plebiscito. No habría de faltar ni siquiera el malicioso anofeles, ni la engreída jirafa.

Fue entonces cuando sucedió lo maravilloso, es decir, que las dos corrientes fueron exactamente divididas, con igual número de votos para cada uno de los pretendientes.

—Es necesario rectificar la votación, decían unos.

—Debe echarse a la suerte, decían otros.

En fin, que eran tantas las opiniones, que nunca habrían podido ponerse de acuerdo, si no hubiera surgido una viborilla oscura, de cabeza achatada ¡claro! de cabeza achatada, a quien decían la Artela, y que por su fácil manera de deslizarse, sabía de muchas cosas secretas de la selva.

La viborilla, que era tigrista, silbó:

—Falta el Conejo.

—Falta el Conejo — gritó el gran coro de animales, cuando ya el Tigre se deslizaba, sin apenas ser notado, y en carrera vertiginosa se dirigía en busca de su compadre el Conejo. Distante de la selva donde acampaban ahora los animales, por allá cerca a las huertas de los hombres, vivía el esquivo sufragante, en fácil vida de merodeo. Y hasta allá fue el Tigre sorteando peligros y por caminos tortuosos, llenos de fango.

Pero al fin se vio ante la hermética cueva del Tío Conejo, cerrada como casa de abejas, y sin otra entrada que la muy estrecha por donde su pícaro habitador alargaba el cuerpo para entrar. No se dio por vencido el Tigre ante este espectáculo, y con gritos zalameros y promesas estupendas comenzó a llamar al Conejo hasta que éste se vio obligado a sacar la cabeza, en trance de reuma, liada con bayetillas rojas.

—¿Qué le pasa Tío Tigre?

—Ay, Tío Conejo de mi alma, qué otra cosa puede pasarme sino que cuando ya no me faltan más que pocos minutos para nombrar mi consejo de sabios, como rey de los animales, usted que será el mejor de ellos, viene a consumirse como un topo despreciable, en su habitación, que cierra hasta para sus mejores amigos. Venga, Tío Conejo, venga y decida con su palabra nada más, quién va a ser el rey de estas selvas, para que acabemos de una vez por todas, con la tiranía odiosa del León.

—Dígales eso, Tío Tigre: que mi voto es para usted, que esa es mi voluntad, a pesar de las escasas fuerzas que tengo. Vaya Tío Tigre, ilustre candidato, vaya antes de que la elección sufra por su causa.

—Por mi causa no, Tío Conejo, insistió el Tigre con desespero. Y

LA DERROTA

agregó, queriendo hacer de humorista: —La que va a sufrir es mi causa. Es ya tarde, y no faltará mucho para que todo se termine. Usted bien sabe que en mi gobierno tendrá todo lo que necesita, frescos repollos a la puerta misma de su cueva, rábanos jugosos.

—Ya mi vida es corta, Tío Tigre. Y, además, ¿cómo podría ir, si apenas puedo moverme? Si al menos hubiera alguien que me ayudara al duro tránsito de estos caminos malhechores...

Vio el Tigre un pedazo de cielo abierto, y deponiendo un poco de su soberbia, confiado en vengarse a la primera ocasión, insinuó tímidamente:

—No hay que perder estos preciosos momentos en palabras inútiles. Para mí será un orgullo y un placer poder ayudarlo. Venga, pues, Tío Conejo, y trétese sobre mi lomo, que así también tendrá la satisfacción de ser el primero que lo haya tocado.

Y los brillantes lomos del Tigre manaban copioso sudor de rabia,



DEL TIGRE

mientras el Conejo se adentró para percibirse al viaje político que acababa de concertar.

No habían pasado muchos segundos cuando otra vez se presentó el Conejo, ataviado como el más experto chalán, pues no en vano había hecho vida larga común con los hombres domadores de potros. Llevaba amplios zamarros y como remate de éstos, unas sonoras espuelas que se complacía en chocar sobre las baldosas; ruana de lana, echada elegantemente de revés sobre el hombro y fiero jipa a la manera dicha de "pedrada".

Apenas salía de su asombro el Tigre, cuando ya el Conejo asía una pesada silla de montar, con gruesos estribos de cobre, amplia cincha y fuerte gruperá.

—¿Y eso qué es? —gritó el Tigre, tembloroso de ira y con los músculos tensos, como si fuera a saltar.

—Esto, respondió el Conejo, es mi silla para ensillarlo a usted.

—¿Ensillar al Tigre?

—Entonces no hemos dicho nada.

Usted comprenderá, señor, que en mi estado y con estos caminos, no podré ir montado en pelo. Pero si usted no quiere...

Rabia infinita tragó el Tigre, pero pensando en la angustia del tiempo que corría y en el placer de esa venganza ya saboreada, asintió con furia, que el Conejo no quiso notar.

—Pronto, la silla; no podemos perder tiempo.

Ni ganas de perderlo tenía el Conejo, quien en menos de lo que quisiera el tigre, enjaezó a éste con arte y maravilla envidiables. Pero faltaba aún lo mejor, o lo peor para el impaciente carnicero, cuando el Conejo tomó el pesado freno y fuerte bozal que es de costumbre y uso para imponer dominio a los más bravíos corceles. Viole en tal actitud el Tigre y aferrando sus garras sobre la enfangada tierra, rugió de tal manera que hizo temblar la montaña:

—¿Y todavía quiere imponerme ese humillante instrumento? ¿Acaso me compara con el estúpido caballo, que es el esclavo del hombre? ¿Pero no comprende, Tío Conejo —agregó, queriendo ser suave y persuasivo—, pero no comprende que yo lo llevaré por mi propia voluntad? ¿Para qué tantos menesteres como éstos?

Pausadamente respondió el Conejo:

—Vea, Tío Tigre: de montar, se monta bien o no se monta, y ése es mi lema. Nadie lo obliga a usted a hacer esto, y si no quiere, yo me volveré tranquilo para mi cama, que harta falta me hace.

—Está bien —asintió el Tigre—. Pero ha de ser convenido que antes de llegar a la reunión de nuestros compatriotas, usted me ha de dejar libre, y libremente se presentará usted a dar su voto.

—Convenido, libremente—contestó el Conejo.

Humilló el Tigre la cabeza, dejóse enfrenar y saltando sobre la bien ceñida silla, el comecoles hincó las espuelas y empezó el bosque a volar hacia atrás, en un vértigo de rapidez, como nunca hubiera tenido el Conejo en sus más felices escapadas.

—¡Hupa! ¡Hupa! ¡Hupa!

Espuelas y látigo, sonaban aquellas, y restallaba éste. Y sobre el látigo y sobre las espuelas se alzaba una cancioncilla zumbona y alegre con que el Conejo hostigaba al Tigre y que éste ya conocía de otras ocasiones.

¡Si el Tigre pudiera rugir! ¡Pero bueno lo había dejado el Conejo, metido entre cinchas y frenos!

Cuando estuvieron al linde del bosque, que debía poner término a aquella carrera desenfrenada, fueron inútiles los esfuerzos del Tigre para detenerse, amordazado como estaba y azuzado cruelmente por los espolines del Conejo. Y así llegaron jinete y cabalgadura y se metieron entre la gran sorpresa de los animales reunidos, que apenas creían lo que estaban viendo.

—El Conejo. Es el Conejo.

Y cuando entre aquella estupefacta muchedumbre se hizo un gran silencio, pausadamente avanzó el Conejo, bien ceñidas las piernas a los lomos del Tigre, hasta el Gran Consejo. Y dijo:

—Voto por el León. Al Tigre lo dejo para silla.



Espejo del mundo



está gobernado por un príncipe asistido por un Consejo que se elige cada cuatro años. Aunque muchos conocen a Mónaco por el Casino de Monte Carlo, donde los juegos de azar alcanzan extraordinario auge, deberían recordar además que en dicha ciudad se encuentra uno de los museos oceanográficos mejor dotados y de mayor actividad del mundo, al que la ciencia del mar debe mucho. Parte de esa actividad oceanográfica ha sido realizada u orientada por el famoso príncipe Alberto de Mónaco, fallecido hace algunas décadas.



ESTALACTITAS Y ESTALAGMITAS

EL agua que penetra dentro de las cavernas, pasando a través de las fisuras del techo natural de dichas formaciones, cuando se carga de material calcáreo disuelto, abandona parcialmente a éste al gotear dentro del ámbito subterráneo. Cada gota que se desprende del techo, deja algo de material calcáreo en lo alto, y al caer al piso natural de las cavernas, forma allí un nuevo depósito. Lo que abandona cada gota, tanto en el techo como en el piso, se reduce a una película que resulta insignificante; pero repetido el proceso millares o millones de veces, los depósitos, verdaderas cristalizaciones, crecen en forma sensible, y es así cómo desde el techo de las cavernas se alargan poco a poco las estalactitas, mientras que en el piso se elevan gradualmente las estalagmitas, en casos extremos hasta unirse con las anteriores, para formar curiosas columnas naturales de material calcáreo. En las grutas y cuevas del Uruguay no existen, en general, tales formaciones.

EL PRINCIPADO DE MÓNACO

MÓNACO, situado al sudeste de Francia, cerca de la frontera italiana, es uno de los Estados más pequeños del mundo. Ocupa un territorio de sólo un kilómetro y medio cuadrado, reduciéndose prácticamente al espacio ocupado por una ciudad de veinte mil habitantes, en lugar muy ondulado y con bella vista al mar Mediterráneo. El diminuto país

CORCHO Y FIBRAS DE VIDRIO

EL vidrio común, utilizado para fabricar frascos, botellas, espejos, etc., o para ser colocado en puertas y ventanas, cede fracturándose si se le somete a bruscos cambios de temperatura. Este inconveniente se salva muy bien con el vidrio llamado pirex. Además el vidrio común tiene una densidad superior a la del agua, y se hunde en ésta cuando es arrojado en su seno; la fabricación del vidrio llamado espumoso, ha reducido a tal punto la densidad de dicho material, que puede ser utilizado como salvavidas, con más ventaja que el corcho propiamente dicho. Y todavía, en forma de fibras finísimas, el vidrio se hace tan maleable, que con él se pueden hacer telas que recuerdan a la seda, y que tienen la particularidad de no ser atacadas por hongos ni por insectos, y en masas apreciables se utilizan como aisladoras del calor y como material preventivo contra incendios.

ORIGEN DEL CERRO DE MONTEVIDEO

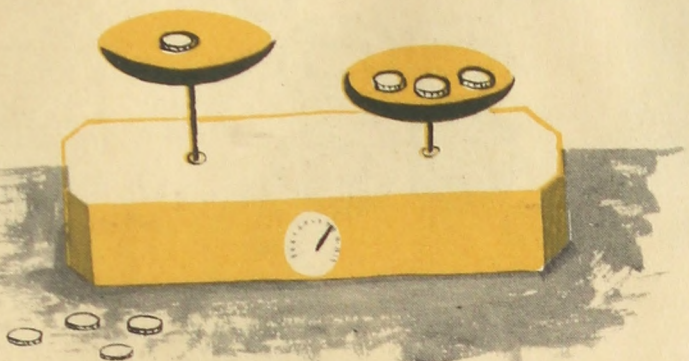
SU relativo aislamiento, su forma cónica, y sobre todo el desconocimiento de ciertos principios geológicos, por parte de muchas personas, motivan que el Cerro de Montevideo, sea considerado con harta frecuencia como una formación volcánica, un verdadero volcán apagado. Nada de eso hay de cierto y nuestro popular cerro jamás fue volcán, y ni siquiera las rocas que lo componen se for-

maron fuera de la corteza terrestre, sino en profundidad. El hecho de que ellas aparezcan hoy a nuestra vista, se debe al lento movimiento de ascenso que ha sufrido a través de los milenios nuestro territorio, y al trabajo de la erosión que ha puesto al descubierto paulatinamente las masas rocosas que hoy determinan dicha elevación. El efecto erosivo ha estado a cargo, principalmente, de las aguas pluviales.

SONDAJE ACÚSTICO

CUANDO se emite un sonido a una distancia superior a una veintena de metros de una pared, puede llegar a escucharse el eco, que consiste en el reflejo o rechazo del sonido, por dicha pared, y que llega a nuestro oído posteriormente a la emisión de dicho sonido. A mayor distancia, el eco se oye más alejado temporalmente del sonido emitido. Entre los paredones abruptos de algunos valles o quebradas, el eco puede llegar a repetirse varias veces, y resulta un pasatiempo para los viajeros. Pero si desde un barco se emite un sonido hacia el fondo del mar y se espera su regreso (que es también un eco) ya no se trata de pasatiempo, sino que la experiencia permite medir la profundidad del mar por el tiempo que el sonido pone para recorrer la distancia que media entre el buque y dicho fondo. Tal es el principio en que se apoya el sondeo llamado acústico.

ENTRETENIMIENTOS



LA MONEDA FALSA

ENTRE ocho monedas nuevas del mismo valor sé que hay una falsa. La moneda falsa, pesa menos que las legítimas.

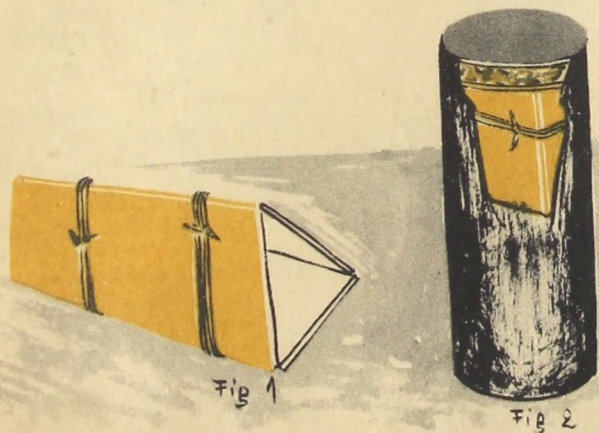
Con una balanza de platillos y sin pesas, puedes determinar cuál es la moneda falsa. No necesitas usar la balanza más que dos veces. ¿Te das cuenta cómo puedes hacerlo?

EL CALIDOSCOPIO

EL kaleidoscopio o calidoscopio es un aparato que nos permite observar hermosas e insospechadas imágenes. Para construirlo, necesitas tres trozos de espejo de forma rectangular, cuyas medidas pueden ser 3 cm de ancho y 10 cm de largo.

Une los espejos formando un prisma triangular como indica la figura 1, de tal manera que la parte azogada quede hacia el exterior del prisma. Debes asegurar estos espejos así unidos en un tubo de cartón de 11 cm de largo. En uno de los extremos del tubo, coloca dos vidrios bien afirmados: uno común y uno esmerilado. Este debe quedar en la parte exterior. Entre los dos vidrios debe haber el espacio suficiente para permitir que se muevan con facilidad pedazos de vidrio de color u otros pequeños cuerpos coloreados, cuentas, etc., que debes colocar entre ellos como se indica en la figura 2.

Cierra el otro extremo con un cartón que tenga un pequeño orificio por el que puedas mirar al interior. Para iluminar por dentro el calidoscopio debes mirar a contraluz. Puedes preguntar a tu maestro por qué se forman tan hermosas y variadas imágenes en tu calidoscopio.



LOS TRES BIENES

HACE muchísimos años, un amigo propuso a Carlomagno — emperador de Francia — el siguiente problema: Un viajero llega con sus bienes a la orilla de un río que debe cruzar. Estos bienes son: un lobo, una cabra y un repollo. Sólo hay un bote en el que caben únicamente el viajero y uno de los bienes. Los otros dos deben esperar a que su dueño vuelva por ellos. El problema consiste en que si el lobo se queda solo con la cabra la ataca, y si la cabra se queda sola con el repollo, se lo come.

¿Cómo puede pasar el viajero sus tres bienes sin perder ninguno?

MUÑECO ARTICULADO

CON un pedazo de cartón o cartulina dura, cuatro broches comunes para papeles y un poco de hilo puedes construir un muñeco articulado que podrás mover a tu gusto. Dibuja sobre el cartón cinco piezas similares a las que indica la fig. 1. Recórtalas, y perfóralas según las letras a-b-c-d.

Arma luego el muñeco fijando los brazos y las piernas al tronco por medio de cuatro broches, según indica la fig. 2. Por la parte de atrás del muñeco une los brazos y las piernas entre sí según indica la fig. 3. Otro hilo te servirá para unir los brazos con las piernas. Finalmente une al hilo que enlaza ambas piernas otro, largo, que te servirá para hacer saltar al muñeco.

Por la parte de atrás y a la altura de la cabeza, haz una lazada con el fin de sostener el juguete. (fig. 3.) Si tiras del hilo inferior, teniendo el muñeco sostenido por la lazada podrás moverlo a tu gusto.

Puedes construir variedad de juguetes siguiendo estas indicaciones.

(Soluciones en el próximo número.)

Hugo Rodríguez.





Arte de México Precortesiano

XOCHIPILLI

El dios Xochipilli, entre los aztecas "príncipe de las flores, patrón del amor y representante del verano", es una deidad solar y su símbolo, el "tonallo", significa el calor del astro. Era adorado, principalmente, por los habitantes de las chinampas (jardines flotantes de Xochimilco).